

Guerra entre el canciller Brandt y el "César" de la prensa alemana

EL TEMIBLE SPRINGER

El canciller Willy Brandt, usualmente calmado y ponderado, se ha enfadado: «Si Springer quiere trifulca —ha dicho—, la va a tener, hasta hartarse». El hombre que ha suscitado la cólera del jefe de gobierno de Bonn es Axel César Springer, uno de los magnates de la prensa alemana; sus diarios y sus semanarios, casi todos editados en Hamburgo y Berlín Oeste, tienen unos veinte millones de lectores: más de la tercera parte de la población de la República Federal.

El «Bild», diario sensacionalista que tira cerca de cinco millones de ejemplares, y «Hör Zu» («Escucha»), semanario de radio y TV, dos de los principales periódicos de Springer, no contentos con «cloriformizar la especie humana», como ha dicho un ministro social-demócrata, han emprendido, desde que los cristiano-demócratas fueron arrojados del poder, una campaña particularmente violenta contra Willy Brandt, acusado de querer «vender» el país al comunismo internacional.

¿No ha firmado el tratado sobre la no-difusión de armas nucleares apenas llegado al poder? y «el antiguo emigrado» (como le llaman los periódicos de Springer), ¿no ha emprendido negociaciones con Moscú y Varsovia y no busca emprenderlas con Berlín Este? El «Hamburger Abendblatt», leído, como el «Bild», por una clientela popular, no teme evocar el «peligro que la política de aproximación con el Este, buscada por el gobierno, haría correr a nuestro pueblo, gravemente amenazado por el universo comunista». Pero lo que más inquieta a los social-demócratas es que Springer, no contento con infectar la gran prensa, intenta ahora meter la mano sobre la televisión.

Es un sueño que trata de hacer realidad desde hace tiempo. En Alemania Occidental, la televisión es una institución de derecho público donde los gobernadores de los Länder, las diferentes regiones, ejercen una influencia preponderante, pero donde reina una cierta objetividad y hasta un cierto liberalismo. De ahí la campaña llevada en «Bild» y apoyada en este «slogan»: «La televisión no debe ser sustraída a la influencia de los elementos sanos de nuestro pueblo».

Fiel a esta fórmula, que no deja ningún lugar a equívocos, Axel César Springer emprendió negociaciones en enero con algunos represen-

tantes de la televisión de Hamburgo para comprar el cuarenta por ciento de las acciones de una sociedad ligada comercialmente con la televisión de Alemania del Norte. Fin de la operación: ejercer influencia sobre la «elaboración de programas» y preparar, con ayuda de la misma cadena de televisión, la puesta a punto de un «negocio de porvenir»: la televisión en «cassetes».

Si Springer ha fallado esta vez su golpe, ha sido gracias a la vigilancia de la prensa que no está sometida a sus órdenes. «Der Spiegel», sobre todo, ha sido de los primeros en advertir sobre los proyectos del «César» Springer y, después de una amplia campaña seguida de numerosas protestas, los representantes de la televisión de Hamburgo se vieron finalmente obligados a anular el contrato, que



ya estaba firmado. Numerosos escritores —entre ellos Günther Grass, Heinrich Böll y Enzensberger— habían hecho una declaración conjunta: «No admitiremos —decían— que Springer aumente todavía más su influencia».

El canciller Brandt, que tuvo que reconocer que no había previsto el peligro, ha prometido estar más vigilante en el futuro. Ha recomendado al partido social-demócrata «movilizarse contra las tentativas de Springer de acogerlos».

Pero, lejos de desalentarse por lo que llama «un revés provisional», Springer ha tomado ya sus medidas para el futuro: «Puesto que las autoridades —dice— quieren contrarrestar mis proyectos insidiosamente, yo movilizaré los capitales precisos para crear, bajo mi propia responsabilidad, una red de "cassetes" de televisión y verán de lo que soy capaz».

(Sobre este tema véase en TRIUNFO, número 398: «Springer, S. A.»)

art
buch
wald

LA BATALLA DE LOS GALONES DORADOS

WASHINGTON.—La decisión del presidente Nixon de vestir a las fuerzas de policía de la Casa Blanca con uniformes de gala, de galones dorados, cinturones de cuero negro y quepis de vinilo también negros y adornados con dorado, ha sorprendido a todas las naciones pequeñas del mundo.

Cuando el príncipe Rainiero se enteró, le dijo a la princesa Grace:

—Esto significa la guerra.

La princesa Grace dijo, por su parte:

—Seguramente el presidente de los Estados Unidos no será tan incauto como para empezar un conflicto con nosotros, conociendo el tamaño y diseño de los uniformes que tenemos almacenados en el sótano.

—Sí. Pero mira estas fotografías de los guardias de la Casa Blanca... ¿Crees que voy a quedarme quieto y dejar que se me ponga en ridículo?

Antes de que la princesa Grace pudiera responderle, telefonó el príncipe de Liechtenstein, que dijo:

—¿Lo han visto ustedes?

—Por supuesto que lo hemos visto —contestó, exaltado, el príncipe Rainiero.

—¿Está usted preparado para tomar la revancha?

—Acabamos de tener una reunión con el estado mayor de los sastres y han recomendado que, a menos que el presidente Nixon retire sus uniformes en cuarenta y ocho horas, no habrá otro remedio que usar franjas de oro en nuestros pantalones de terciopelo azul.

—¿Dios santo! —exclamó el príncipe Rainiero—. ¿No está eso en contra de la convención de Ginebra?

—Al diablo con la convención de Ginebra...

El príncipe de Liechtenstein añadió:

—Cuando el presidente de los Estados Unidos puso cordoncillo balcánico en los guardias de la Casa Blanca, hizo caso omiso de los artículos sobre la guerra. Todo lo que deseo saber es si están ustedes de mi lado...

—Sí —contestó el príncipe Rainiero—. La verdad es que hemos estado trabajando en un uniforme secreto que brilla de noche...

—Cielos, Rainiero, usted no pensará usarlo para tomar represalias contra nosotros...

—No tengo otro remedio. Si Nixon trata de destruir nuestro negocio de turismo, tiene que sufrir las consecuencias. Lo siento, tengo que despedirme: me está llamando el capitán de la guardia vaticana.

El príncipe Rainiero tomó otro teléfono y dijo:

—Sí, Capitán, estaba esperando su llamada.

—El Vaticano está a favor de la paz, pero creo que debemos actuar inmediatamente —dijo el capitán.

—¿Qué medidas están tomando? —preguntó el príncipe Rainiero.

—Hemos puesto galones de visón blanco en nuestros chalecos, solapas y cascos. También hemos duplicado la seda de nuestras gorras.

—Estupendo, capitán. ¿Y qué me dice sobre sus botas de charol?

—Tenemos escasez de ellas. Los franceses se las vendieron todas a Libia.

—Yo les conseguiré algunas muy pronto.

La princesa Grace estaba muy agitada y dijo a su esposo:

—Rainiero, debe de haber alguna manera de arreglar esto. ¿No podrías hablar por teléfono directamente con el ayuda de cámara del presidente Nixon y advertirle de lo que piensas hacer?

—Ya es tarde —dijo Rainiero—. Luxemburgo ha disparado sus máquinas de coser y pronto estará cambiándolo todo. San Marino está obligado a acudir en ayuda de Luxemburgo suministrándole botones dorados. Andorra ha aumentado los picos de sus gorras dos centímetros y los inspectores de Aduanas suizas han cambiado el uniforme verde alpino por capas de Nelson Eddy rojo.

La princesa Grace se asomó a una ventana y dijo:

—Rainiero, mira...

—Ese es nuestro uniforme final —dijo el príncipe sonriendo mientras saludaba con la mano a sus guardias—. Fue diseñado por un desertor que era jefe de los porteros del teatro Loew's State, de Nueva York.

(Copyright 1970, The Washington Post. Co.-Distribuido por Editors Press Service Inc.-Agencia Zardoya.)

COLABORAN: Juan Aldebarán, César Alonso de los Ríos, Luis Carandell, Pablo de la Higuera, J. García de Dueñas, Eduardo G. Rico, Eduardo Haro Tecglen, Antonio Javaloyes, Ramon L. Chao, A. López Muñoz, Víctor Márquez Reviriego, José Monleón, César Santos Fontenla, Manuel Vázquez Montalbán.